

LOS PADRES COMO ESTIMULADORES DEL PROCESO
DE DESARROLLO INFANTIL: IMPORTANCIA DE LA AFECTIVIDAD

María Luisa Pérez y Paloma Calzada
E.U. de E.G.B. de Córdoba

Planteamos en esta Comunicación la importancia de la afectividad en el proceso de desarrollo infantil. La familia, como núcleo primario en que el individuo se desenvuelve, es indudablemente la generadora de esta afectividad.

Lo afectivo, como motor de todo proceso de aprendizaje en los primeros años de la vida, posibilitará o no los logros que el ser humano va alcanzando en cada etapa o estadio de su desarrollo. Los principales problemas que dificultan, desde nuestro punto de vista, éstos logros, los analizamos centrándolos en tres hechos fundamentales:

1. Inadecuación entre lo que se exige al sujeto en el proceso de aprendizaje y lo que éste puede dar y necesita actualizar. Es el problema general que se plantea entre maduración y aprendizaje.

2. Aún conociendo el ritmo de maduración y necesidades del sujeto, los patrones educativos que inciden sobre él no son efectivos en tanto no provocan conductas optimizadoras del desarrollo.

3. Contradicciones entre las pautas educativas que formalmente se le exigen al sujeto, y los modelos afectivos que vivencia en su vida diaria.

Concluimos este trabajo resaltando la influencia de la familia como optimizadora del desarrollo en tanto cumpla adecuadamente su función afectiva.

LOS PADRES COMO ESTIMULADORES DEL PROCESO DE DESARROLLO INFANTIL: IMPORTANCIA DE LA AFECTIVIDAD

En el desarrollo del ser humano están presentes factores genéticos, hereditarios y factores de transmisión social. A lo largo de este desarrollo el individuo adquiere conocimientos, valores, símbolos, pautas de comportamiento, se relaciona con otras personas, rechaza, odia, ama, etc. Cuando un ser humano nace es indefenso y dependiente ha de aprender una serie de conductas para sobrevivir. Es el medio ambiente el que le va a enseñar a través de personas que son significativas para el niño desde el punto de vista afectivo. La afectividad será la causa determinante de todos los logros positivos o negativos que el niño vaya alcanzando.

Este aprendizaje se inicia desde los primeros días de su vida y los adultos son los responsables de ello, incluso en las primeras semanas de su infancia. Las pautas de alimentación, sueño, higiene, emociones, sentimientos... son aprendidos. Incorporando estos hábitos, estas formas de sentir, de expresar lo que siente, el niño se convierte en un miembro de la sociedad.

Citando textualmente a Schaffer, diríamos: "A primera vista puede parecer que este aprendizaje y esta enseñanza son procesos muy diferentes de lo que vemos en el marco formal de la escuela. Sin embargo, estos tempranos cambios de conducta y el modo en que se producen están estrechamente relacionados con los aprendizajes que tienen lugar en los años posteriores" (Schaffer, H.R. 1.971, p. 13).

Por todo ello, merece la pena detenerse en el "cómo" enseñan los padres, más que en el "qué" enseñan, para analizar los problemas que pueden producirse a lo largo del desarrollo. El aprendizaje puede hacerse bien o mal, y es importante porque en función de cómo se haga, la futura personalidad del niño puede quedar comprometida.

Los principales problemas que dificultan un aprendizaje óptimo, desde nuestro punto de vista, son, fundamentalmente, los siguientes:

1. Lo que se le pide al sujeto que haga, no es lo adecuado para cada edad. Cada cultura influye en las exigencias y en la valoración de lo que, a lo largo del desarrollo, se le exige al sujeto. Lo importante es saber si realmente es lo que ese sujeto necesita. La primera exigencia, pues, que le plantea a los padres, es tener un conocimiento de cuáles son estas necesidades del niño.

2. Aún conociendo esas necesidades, no saber cómo cubrirlas. La educación o los patrones educativos, si son efectivos, deben incidir de forma significativa en la conducta del sujeto, bien provocando unas conductas que aparecen solo por influjo de éstos estímulos educativos o bien modificando otras para lograr un ajuste afectivo-social más positivo.

3. Contradicciones entre lo que se pretende enseñar y lo que realmente se enseña. No solamente en la escuela existen estas contradicciones entre el curriculum oculto y el manifiesto, sino que también en la familia se pueden dar dichas contradicciones.

Analizando cada uno de los problemas esbozados y deteniéndonos en el primero y segundo, quizá sea importante, más que centrarnos en un análisis pormenorizado de las necesidades que en cada edad manifiestan los sujetos infantiles, fijarnos en los logros que en nuestra opinión deben ir alcanzando en cada nivel o estadio de desarrollo. Estos logros, desde el punto de vista psicológico, solo se alcanzan por otra parte, si hemos atendido a las demandas de cada etapa del desarrollo y las hemos potenciado.

Refiriéndonos a la infancia, y al primer año, observamos que no solo existen en el niño necesidades biológicas, sino también y, fundamentalmente, necesidades de interacción, afecto, amor y aprecio por parte de los demás. Es sorprendente (y esto hace desterrar la idea del niño como ser pasivo, aún cuando sea indefenso) ver las habilidades sensoriales y motrices con las que nace equipado, que estructural y funcionalmente le capacitan para una interacción temprana.

Mecanismos endógenos ponen en funcionamiento estas estructuras según ritmos y secuencias temporales. La sincronía con esos ritmos y secuencias, sincronía que depende de la sensibilidad y disponibilidad del adulto, van a transformar al recién nacido en un ser capaz de mantener un diálogo no verbal, pero sí significativo, y lo van a capacitar para poner en juego y desarrollar sus primeros recursos conductuales, con vistas a lograr del medio las respuestas que necesita. Por ejemplo, llanto y sonrisa, que en principio no tienen intención significativa, muy tempranamente se utilizan para mantener la proximidad de los seres adultos. El bebé aprende así un código de comunicación. Aprende a relacionar su comportamiento con el de los demás. Aprende a provocarlo. Las consecuencias de este aprendizaje se traducen en logros como los siguientes:

- Establecimiento de vínculos afectivos (el apego) a partir de los cuales el niño interacciona con el medio sintiéndose seguro. La curiosidad, la exploración de ese medio, le ayuda a construir esquemas de acción sensorio-motrices, base de la inteligencia posterior.

- Desarrollo incipiente de la sociabilidad. La relación con los demás se basa en este primer modelo de relación. Son percibidos como fuente de gratificación y placer, o dolor y displacer. Las actitudes con las que el niño encare una posible relación futura, serán diferentes.

- Primeras connotaciones de la identidad personal basadas en la vivencia que el niño tiene de las respuestas dadas por los adultos a sus necesidades. Seguridad versus inseguridad depende de las satisfacciones o carencias con que el niño haya vivido el medio.

¿Qué deben hacer los padres para estimular al niño en la adquisición de estos logros? Fundamentalmente tener sensibilidad para interactuar de forma sincrónica. Esto conlleva:

- a) Percibir e interpretar adecuadamente sus demandas (de descanso, higiene, estimulación, caricias...).

- b) Proporcionar respuestas a estas demandas sin caer en la sobre-estimulación, pero tampoco en el distanciamiento.

Pasando a la etapa de 2 a 6 años, vemos cómo ocurren modificaciones importantes tanto a nivel motor (la mayor maduración permite ampliar el círculo de acción), lingüístico (mayor competencia en el manejo del lenguaje, lo que amplía su círculo de relaciones), como intelectual (la capacidad de simbolizar le hace comprender mejor el mundo que le rodea).

El niño necesita ser estimulado sobre la base de estos logros en su autonomía e independencia. El contexto del adulto también se modifica, en el sentido de que las expectativas respecto al niño se transforman en la línea de una mayor exigencia, se le limita en la exploración del medio (no tocar, ni oír, etc.) y en la introducción de una disciplina para ir regulando los hábitos, tanto biológicos como sociales del niño (control de esfínteres, castigo por la agresividad, etc.).

El problema es, pues, cómo configurar ese control favoreciendo, al mismo tiempo, la autonomía, el desapego y la independencia familiar.

Los mecanismos de aprendizaje por condicionamiento, imitación de modelos o identificación se ponen en juego en esta edad, pero lo importante no es la utilización de uno u otro mecanismo, sino el cómo se utilizan en cada momento.

Es el problema de la disciplina, impuesta a través de uno u otro modelo, que debería llevar a la descentración, la autonomía y la cooperación con los iguales. La sanción que no implique posibilidad de que sea el mismo niño el que cuestione su conducta y se permita escoger entre opciones posibles, nunca es positiva. En este sentido es en el que Piaget distingue entre sanción por coacción y sanción por reciprocidad.

Con respecto al tercer problema, es decir, contradicciones entre lo que se pretende enseñar y lo que realmente se enseña, podemos encontrarnos desde actitudes contradictorias entre las personas del medio familiar que son significativas para el niño (padre

autoritario, madre indulgente) hasta inconsistencia o falta de congruencia entre las exigencias o modelos educativos que al niño verbalmente se le proponen y las reacciones conductuales de los propios padres (por ejemplo, se les dice que no deben ser violentos o que no deben mentir, mientras los padres en su práctica diaria, manifiestan estas conductas). Si tenemos en cuenta que los procesos de identificación se basan en vivencias afectivas, más que en códigos o normas elaboradas cognitivamente, los sujetos infantiles pueden adoptar pautas de comportamiento que los propios padres, como miembros de una sociedad, rechazan.

En resumen, la familia está educando en función de la calidad de las interacciones que se establecen entre sus miembros, preparando al individuo para que encare, con garantías de éxito, aprendizajes posteriores.